

tor protestante, que va a Sumatra o a Java, se entera, gracias a volúmenes insignificantes y ascéticos,—para que no llamen mucho la atención en la biblioteca—de los últimos progresos del espiritismo.

Vapores Alemanes

Grandes libros, frondosos libros. Tras los biselados cristales de la biblioteca: Max Müller, Goethe, Hegel, Rickner, Liliencron, Wund, Loens, Spengler, Kant. Van mezclados libros de heterogéneos géneros: de botánica, de

filología, de semántica, de astronomía, de fisiología, de filosofía. Hay libros didácticos, enciclopédicos, libros de crítica, de museos.

Pasajeros de cargada frente pasean por la cubierta. Estudian. Lástima que, a veces, si os acercáis al más pensativo, al más calvo, os sorprende encontrarle leyendo,—quien sabe si para conocer a España—la veintésima edición de la traducción al alemán de *La Coquito*.

RAMÓN VINYES

(*La Nación*, Barranquilla).

Los libros de cabecera

OIGO quejarse a los libreros: ya no se lee. No pienso como ellos. Me parece que se lee demasiado. Demasiado y mal.

La crisis de incultura que atravesamos, honda hasta el punto de poner miedo como una sima que pueda tragarnos a todos, no nace de que las bibliotecas se cierren y las librerías quiebren, sino talvez, por aparente paradoja, de lo contrario, de la prosperidad de unas y otras.

Antes un libro se leía. Ahora se hojean muchos libros. Se lee sin elegir, a la ventura, corriendo detrás de la moda, o del capricho, o de la *réclame*. La versatilidad con que pasamos de libro a libro tiene algo del donjuanismo callejeante de nuestras grandes ciudades. Dos, tres *flirts* para una sola tarde. Dos, tres, más libros para una sola velada. Ya dijo el poeta: «J'ai lu tous les livres et je suis malheureux»; pero su desolada fatiga era bien poca cosa comparada con la nuestra. Si no hemos leído todos los libros, aspiramos a leerlos; y así, al cansancio y al tedio de la lectura, se suman la enervación y la inquietud del anhelo insatisfecho. ¿Qué persona medianamente culta se atreve a declarar con orgullo: «No, no conozco ese libro, ese autor, esa nueva escuela...»? Es de buen tono, casi es obligatorio conocer el último libro expuesto en los escaparates por el último versificador francés, italiano o autóctono, la última receta literaria descubierta por el último *snob*.

Y cuando, después de esta carrera loca a través de todas las literaturas y de todos los libros, sobrevienen la fatiga y el hastío, ¿tenemos acaso en algún rincón secreto de nuestras preferencias un libro amigo donde reposar? ¿Un libro que sea como un jardín escondido y tranquilo, donde convalezcamos de aquella fiebre? ¡Ay, no! Todos hemos vivido, creo, aquella página en que Jacinto, el príncipe de *La ciudad y las sierras* del grande Eça de Queiroz, deseando recogerse a su cama con un libro, después de contemplar los setenta mil volúmenes de su biblioteca, y revolverlos y derrumbarlos, se decide al fin, descorazonado, mareado, previamente hartado, por acostarse con el *Diario de Noticias*. Un libro de cabecera, eso le faltaba al príncipe, como tantas otras cosas amables,

en medio de su esplín y del tumulto de la Ciudad. Y si el lector lo ha seguido hasta su aldea, escondida en la sierra, y lo ha visto recobrar la salud, la paz, el contento, la dicha, y reconciliarse con la vida, recordará que Jacinto comprendió un día la inmensa delicia de leer un libro. El hombre de los setenta mil volúmenes, ahora, en su casa de Tormes, después de resucitado, era el hombre de un solo libro: la *Odisea*.

Nuestros padres, nuestros abuelos, todavía conservaban su libro de cabecera. Aun podían decir: Mi poeta es éste. Era Goethe, era Schiller, era Byron, era Heine, era Lamartine, era Leopardi... ¿Pero nosotros? ¿Podemos decir en verdad cuál es nuestro poeta? A muchos admiramos, a algunos preferimos, tal vez a uno; pero ¿cuánto tiempo ha transcurrido, lector, desde la última vez

Libros y folletos de ocasión a precios módicos

Tenemos encargo de vender los siguientes:

José M. del Hogar: <i>Las primeras espigas</i> (novela).....	2.00
Maltrana: <i>Chile Nuevo</i>	2.00
P. Henríquez Ureña: <i>Mi España</i>	4.00
R. Heliodoro Valle: <i>Anfora Sedienta</i>	4.00
Alfonso Reyes: <i>Cartones de Madrid</i> ..	1.00
N. Murray Butler: <i>El significado de la educación</i>	4.00
M. D'Azeglio: <i>Mis recuerdos</i> (3 tomos).....	4.50
R. Dozy: <i>Historia de los musulmanes de España</i> (4 tomos).....	6.00
Emerson: <i>El poeta</i>	0.25
Arturo Borja: <i>La flauta de ónix</i>	2.00
R. Rolland: <i>Nicolai y el pensamiento social contemporáneo</i>	1.25
Luis Carlos López: <i>Por el atajo</i>	5.00
B. Contreras: <i>Antología de poetas italianos</i>	0.75
J. Muñoz Escámez: <i>H. Berlioz: Su vida y sus obras</i>	2.00
Rodolfo Rocker: <i>Artistas y rebeldes</i> (Poe, Tolstoy, Wilde, Kropotkine, etc.).....	4.00

que leíste tu poeta? ¿o es que me equivoco y lo tienes siempre a mano como un libro de horas?

Para cada cultura, para cada alma, para cada temperamento había una obra inmortal. ¡De cuántos han sido libros de cabecera la Biblia, Homero, el Quijote, el Kempis, leídos asiduamente en los días fastos y en los nefastos, para regocijo o descanso en aquéllos, para distracción o consuelo en éstos! El adolescente o el varón que soñaban con hechos grandes tenían junto a la almohada, su Plutarco; las almas que buscaban alivio a sus pesares, a Marco Aurelio o a Boecio; los hombres reflexivos y tolerantes, quizá algo misántropos, a Montaigne; los *esprits forts* a los enciclopedistas; los soñadores descontentos, a Rousseau; los jóvenes apasionados, el *Werther*; los corazones ligeros y tiernos, fáciles de ganar por la risa y por el llanto, a Dickens...

¿Cómo no he de recordar en este momento a aquel anciano amigo de mi adolescencia, clavado en el lecho por la parálisis, lector insaciable, sí, pero en cuyas lecturas volvían siempre a modo de un renovado motivo, Byron y Voltaire? El me hizo amar a los dos. Y fueron tal vez aquellas blasfemias del *Cain* y aquellas burlas del *Cándido*, las que abrieron la primera brecha en la ingenua piedad de mi niñez, formada sobre los santorales que le leía a mi abuela, mientras ella tejía las gruesas medias de lana.

Porque también nuestras abuelas, aunque nada letradas, tenían su libro de cabecera. En la vejez, la vida del santo de su devoción; antes, en la edad romántica, algún novelón que aun recordarás, lector, haber visto, en tu infancia, andar por la casa, descosido y ajado: *Los Doce Pares de Francia*, *Genoveva de Bravante*... ¡Pobres e inocentes lecturas! Hoy nuestras muchachas devoran incansablemente, sin volver nunca la vista atrás, las cien novelitas baratas que aparecen por semana; y las más refinadas, todas las *Claudinas* que por esos mundos se publican, toda la literatura de exportación.

Es que vivimos con mucha prisa. Lo sé. No juzgo; comparo. Hasta en la música popular, que parecería, por su naturaleza, deber fijarse por más tiempo en la memoria y en el corazón, el cambio vertiginoso es la ley. ¿Qué se hicieron aquellos vales de ayer, que pudimos creer inolvidables? ¿qué ha sido del tango o del fox-trot del pasado Carnaval, tocados, cantados, silbados por una ciudad entera? ¿quién los tararea ya? ¿cuál es hoy, hoy mismo, el tango de moda? Toda una larga generación, amó arrullada por las romanzas de Tosti; pero, de nuestras canciones, nuestros hijos, ¿cuál podrán recordar mañana con nostálgica melancolía, porque se la oyeron cantar repetidamente a sus madres?

* *

Tengo por cierto que esta mudanza continua del gusto y dispersión del interés, no pueden ser propicias al nacimiento de fuertes y nobles espíritus. Donde no hay concentración no hay riqueza; y bien sabemos